

BIBLIOGRAFIA

pero que tanto por esta obra como por otra posterior —*Estudios éticos* (Ed. Alfa, Barcelona, 1986)—, puede llegar a tener una influencia más a largo plazo y, por esto mismo, más persistente y duradera. En este sentido la A. tiene razón cuando reconoce que el planteamiento metaético de Apel y Habermas es muy distinto del modo «nutricio» como la filosofía clásica justificó la aplicación prudencial del razonamiento práctico. Pero de aquí no se deduce necesariamente que «la *ética concreta* en su complicada trama pierde las conquistas del punto de vista moral... (hasta el punto que) ni siquiera es apta para superar —conservándolos— los contenidos de la moral, del arte o de la religión» (p. 232). Más bien habría que concluir que después de Kant, Peirce, Max Weber o Popper, no se puede establecer esta disyunción que ahora se ha establecido entre las éticas de la convicción y de la responsabilidad, y entre sus respectivas lógicas de la argumentación dialógica y de la demostración apodíctica, si no se hubiera sobreentendido la existencia de una previa lógica concreta mínima, o de una ética concreta mínima, o de una mínima libertad religiosa y estética, o de unos derechos humanos mínimos, como los postulados por ejemplo por Bloch, sin los cuales nunca se hubiera podido hablar de una auténtica dignidad de la persona humana, ni tampoco se hubiera podido localizar las aporías que siempre acompañan a las actitudes formalistas y heterónomas cuando intentan alcanzar una razón comunicativa, que sea solidaria, y a la vez responsable con lo que debe hacerse. Sin embargo Apel nunca afronta directamente estos su-

puestos implícitos de su propia teoría y más bien utiliza un escepticismo metódico como estrategia de fundamentación de su propia postura crítica, sin advertir que al seguir este modo de proceder nunca consigue evitar aquellos supuestos lógicos, éticos, estéticos o religiosos que anteriormente han sido citados; y que, además, como él mismo ha mostrado, tienen que seguir siendo considerados como un prejuicio dogmático previo, o como un «humus» nutricio inevitable, que siempre acompaña a las morales provisionales o a las éticas de situación, cuando todavía están poco clarificadas y se reconoce que su justificación definitiva en el mejor de los casos acabaría siendo dogmática.

CARLOS O. DE LANDÁZURI

FORMENT, Eudaldo, *El problema de Dios en la metafísica*. P.P.U., Barcelona 1986, 402 págs.

Siempre hay que agradecer que se publiquen libros de una temática como la teológica tan descuidada por la filosofía actual. Más aún cuando, como en el caso del presente libro, el autor trata de modo riguroso, claro y ordenado el tema de Dios en su discusión a lo largo de la historia de la filosofía. Por eso esta obra es de gran ayuda para los estudiantes principalmente de teología (natural), pero también de la historia del pensamiento humano.

El libro se estructura en cinco capítulos que pretenden mostrar la referencia del pensamiento huma-

BIBLIOGRAFIA

no hacia Dios en otras tantas épocas distintas de la evolución histórica de la filosofía. En el primero de ellos («Dios como ordenador del mundo», pp. 25-57) se ofrece un breve repaso del pensamiento teológico de la antigüedad examinando el origen de la teología griega, la concepción de Dios de Platón, Aristóteles y Plotino, así como el panteísmo de los estoicos. En el segundo capítulo («Dios creador del mundo», pp. 59-103) el autor recoge la aportación del cristianismo al conocimiento natural y sobrenatural de Dios, analizando detenidamente la teología agustiniana y su concepción de Dios como la verdad. En la tercera parte («Dios, el ser mismo subsistente», pp. 105-186) se estudia la concepción tomista de Dios, recalcando su constitutivo formal —*ipsum esse subsistens*— y el sentido existencial de Dios así definido. La cuarta parte («Dios en la ontología», pp. 187-245) se dirige a examinar las características del Dios de los filósofos modernos, infiriendo de ellas el autor la índole «esencialista» de esta teología, propiedad en que se funda la posterior deriva hacia el agnosticismo y ateísmo. Finalmente, en el quinto capítulo («Dios en el humanismo», pp. 247-377) se estudia el ateísmo contemporáneo clasificándolo según su justificación: humanismo ateo, materialismo, nihilismo, cientifismo y desesperación. Por último se recoge una extensa bibliografía tanto de fuentes como de estudios especializados.

Aunque el planteamiento del libro sea de suyo histórico, y al margen de si es o no éste el mejor enfoque para el tema de Dios, en todo caso se echa de menos una

conclusión final que sirviera como de balance de esta aventura histórica por pensar a Dios; que justificara la pluralidad de concepciones recogidas; o, quizás, que diera a la luz a los supuestos ontológicos y gnoseológicos que dirigen al hombre hacia el tema de Dios. Hecha esta sugerencia, tal vez se pueda discutir con el autor su juicio acerca del pensamiento teológico de la modernidad, cuya necesidad no se termina de ver.

En todo caso, se trata de una obra que, sin ambición enciclopédica, examina con justicia —abundan las citas textuales y referencias— el tema de Dios en la tradición filosófica, y que por ello es de uso exigido para los estudiosos de la teología.

JUAN A. GARCÍA GONZÁLEZ

GARCÍA LÓPEZ, Jesús, *Tomás de Aquino, maestro del orden*, Madrid, 1985, 232 págs.

La Editorial Cincel ha lanzado recientemente al mercado una colección de libros de Historia de la Filosofía, de carácter divulgador. Los distintos volúmenes poseen características similares: 200 páginas aproximadamente (colección de bolsillo), gráficos históricos, comentario de texto, glosario, y un pequeño esquema o resumen al final de cada capítulo.

No es fácil, cañidos a tales exigencias, sintetizar de una manera clara, a la vez que profunda y rigurosa (sin que resulte de ello un mero libro de texto), el pensamiento de Santo Tomás. Porque, ante